

Autor: Luis Javier Moxó Soto | Fuente: Catholic.net

Sin perdón no hay amor que valga

Al final de nuestras vidas, en un juicio de misericordia, se nos examinará por la calidad del amor con que hayamos vivido



Sin perdón no hay amor que valga

Quien ha gustado y saboreado el amor de verdad, ha tenido también experiencia de su propia debilidad, limitación y falta de correspondencia. Y, a la vez, la satisfacción de su necesidad real de ser abrazado, mimado, mirado... e incluso perdonado, como nunca antes por nadie.

No me detengo en los mal llamados "amores platónicos", de ensañaciones, ni de series televisivas, ni en los no completos o faltos de complementariedad auténtica.

A quien vive el "jamón de pata negra" en el amor no le valen sucedáneos ni sustitutos. Porque hay amor y apegos, como hay sentimiento y sentimentalismos, necesidad real y deseos superfluos... Es importante distinguir la piedra vulgar de la preciosa. La Vida es "la joya de la corona" del Amor, como la Verdad procede de la Fe, y la Certeza de la Esperanza. No se trata de crear o inventar élites, o guetos, de puros, sino definir y pronunciarse a favor de la verdad para no engañarnos ni confundirnos, para no utilizarnos ni hacernos chantajes ni mercancías unos de otros. Sobre todo, para no adular el amor, de verdad, ni sus efectos: la vida, la verdad, la libertad, la paz,.. Porque si la semilla no es auténtica, tampoco el fruto lo será.

Si persigo un amor que valga de verdad y me llene, como a todos, como a aquellos de los que me gustaría aprender a vivir, busco lo que me une con los demás en todo, lo que tengo en común con todos: la capacidad de amar y de ser amado, en serio.

Cuando el corazón ha sido educado en el verdadero amor todo se vive mejor, serenamente, en paz auténtica. Y mi corazón, todo en mí, pide vivir hasta el fondo el amor de verdad, no de forma ñoña, cursi ni artificial, sino total, abierta a la vida, a la fecundidad, a los dones y frutos del mismo, al otro (es decir, al tú, no al "otro yo"), y no de forma simbiótica sino complementaria, que me realice integral y verdaderamente, por lo que esté dispuesto a arriesgar todo y toda mi vida,... Busco algo que realmente merezca mi búsqueda y esfuerzo.

Me pregunto: ¿qué es el amor y como vivirlo cada día? ¿cómo ser aquello mismo que quiero vivir? Si vivo el amor paciente, servicial, sin envidia, sin hacer alarde, sin envanecerme, sin proceder con bajeza, sin buscar mi propio interés lo primero de todo, sin irritarme a la mínima, sin tener más en cuenta el mal recibido como el bien muchas veces inesperado e inmerecido, sin alegrarme de injusticias o desgracias ajenas, sino regocijándome con la verdad, el bien y la belleza. Con ese amor, puedo ser capaz de disculparlo, creerlo, esperararlo y soportarlo todo.

Al final de nuestras vidas, en un juicio de misericordia, se nos examinará por la calidad del amor con que hayamos vivido. La prueba de fuego es el perdón, sin él no hay amor que valga.